

Colombia necesita de razón y de utopía

**Una reflexión sobre el mestizaje y la
formación de la identidad colombiana**

Guillermo Páramo Rocha

La historia de los Andes es la historia del viento. Somos todos huairapamushcas, hijos del viento. Cuando una mujer quechua se quedaba embarazada y nacía un niño más claro que la canela, decían los indígenas que era hijo de ese ser caprichoso y llevaba en su sangre los vicios de su estirpe. Los que llegaron de las Españas a esta América andina, eran a su vez, hijos del viento". Con estas frases se introducía un artículo sobre los Andes publicado hace poco por la National Geographic. Su autor, Pablo Corral Vega, rebuscando en sus orígenes amerindios, puso en ellas una metáfora que por siglos han usado los hombres de estas enormes montañas. Yo la había escuchado de Lorenzo Muelas cuando, hace algunos años, comparaba en una entrevista televisada el sentido que tenía la tierra para su gente con el que le daban los mestizos y los blancos. La tierra -decía él- es para los indígenas como la madre; la madre propia que da el ser, la vida, el abrigo, el alimento. A la madre no se la maltrata ni se la vende ni se la deja ni se la abandona. Por el contrario, los colonos, mestizos o blancos, ven a la tierra como algo ajeno y distante: llegan y queman los montes, contaminan su sangre que es el agua, hacen lo que llaman "mejoras", venden sus parcelas y se van; se van a buscar nuevas parcelas para venderlas después. Por eso -comentaba Muelas- los indígenas llamamos a los blancos y mestizos "hijos del viento". "Hijos del viento", huairapamushcas, los que no se quedan, los desarraigados, los que sólo se detienen por un rato para volver a marchar.

Muchos pueblos del pasado tuvieron una historia de viajeros: los egipcios unieron el Bajo con el Alto Nilo; los japoneses ocuparon de Okinawa a Hokaido y, de isla en isla, fueron hasta Sahalin y las Aleutianas; los navegantes melanésicos y micronésicos exploraron el

Pacífico entero navegando de atolón en atolón; los chinos se regaron por el Asia central; los mongoles cruzaron los Urales e invadieron Europa; los indios, los khmer, los hawaianos, los griegos, los cartagineses, los persas, los hititas, los fenicios, los germanos, los árabes, fueron expedicionarios y conquistadores, terror y asombro de poblaciones que quedaban muy, muy lejos. Los vikingos, al parecer, tocaron América del Norte mucho antes que Colón, y podemos decir que los antiguos romanos y los antiguos hebreos, o su legado, aún siguen pasando los mares y venciendo las barreras orográficas. Esos pueblos hicieron caminos, fortalezas y embarcaciones; representaron en sus mapas los confines del mundo; escribieron las crónicas de sus exploraciones y con ellas, y con su poesía, dejaron a las culturas que les sucedieron en la historia el motivo del viaje como una metáfora universal de la vida y de muerte, del aquí y del más allá: la Odisea, la Eneida, el Éxodo, el Ramayana, que sirvieron luego de fuentes a los romances de la búsqueda del Grial, La Divina Comedia y el Quijote.

En América, además de los caminantes del es trecho de Behring y de los cazadores y recolectores africanos o malayo-polinésicos que llegaron hasta aquí; además de los esquimales, los algonquinos, los nukak, los patagones; además de los caribes y arawak, que encontraron los marinos de Colón navegando mar adentro, fueron también viajeros quienes construyeron los grandes imperios: en el Códice Boturini o la Tira de la peregrinación (Tepic, Nay.: Gobierno del Estado de Nayarit, 1990) hileras de minúsculos pies descalzos muestran el recorrido de los antiguos aztecas desde las tierras de Aztlán. Como huellas dejadas en el tiempo, esas marcas, pintadas con tintas oscuras sobre un largo papel, vadean ríos, remontan cordilleras, se sumergen en pantanos, se aglomeran en los lugares de enfrenta miento, de ritual o de descanso. Pasan por Tzompanco, donde está el muro de cráneos; por Xóltocan o el lugar de las arañas de arena; por Amalinalpan, el de las hierbas acuáticas; por Teclatan, el de la piedra de los sacrificios. Un monte con cabeza de serpiente cascabel representa en su ruta a Coatitlan, otro, coronado por un chapulín --o saltamontes- señala Chapoltépec. En el Códice Ramírex, y en otros, la peregrinación azteca continúa hasta que llega al prometido Tenochtitlán en la laguna de México.

Los mayas fueron viajeros y también los de Tiawanacu. Los muiscas de nuestras mesetas cundiboyacenses recorrieron una extensa zona que aún se reconoce por la toponimia. En el Vaupés, las etnias tucano cuentan que sus ancestros resultaron del cuerpo de una anaconda que, en los tiempos antiguos, ascendió por el río más importante del universo desde la Puerta de las Aguas hasta el centro del mundo, donde se rompió en pedazos. De las partes, cabeza o lengua, segmentos del tronco, cola de esa serpiente, nacieron los sibs, clanes o fratrías en que está dividida ritual y territorialmente su sociedad. En otras versiones de ese mito, en vez de la anaconda, aparece el viaje de una canoa llena de ancestros o una procesión ancestral.

En fin, los propios incas o ingas, aquellos aludidos por Pablo Corral, ponían en sus orígenes, una expedición. En los mitos, leyendas y cuentos de los quechuas de Jesús Lara, se lee entre otros pasajes el siguiente.

Estos ocho hermanos llamados ingas dijeron: "Pues somos nacidos fuertes y sabios y con las gentes que aquí juntaremos seremos poderosos, salgamos de este asiento y vayamos a buscar tierras fértiles, y donde las halláremos sujetemos las gentes que allí hubiera, y tomémosles las tierras, y hagamos guerra a todos los que no nos recibieren por señores".

Muchos pueblos del pasado fueron exploradores, invasores, navegantes y viajeros. Pero, ¿hay entre ellos alguna cultura con el desarraigo de la nuestra, la cultura occidental? El pueblo de Israel marchó a la tierra prometida para asentarse allí; los aztecas anduvieron hasta donde el águila sobre el nopal les indicó dónde establecer su ciudad; los vikingos llegaron a Rusia, a Italia, a Terranova o al Labrador pero, como los marinos cartagineses, esquimales o trobriandeses, animados por la esperanza de regresar a sus cabañas a descansar. Los tucano han vivido en el centro del mundo y allí están; como los griegos, que vivían en torno de Delfos y como los incas que habitaban en torno del Cusco, del ombligo del cosmos; otra metáfora de la tierra, que como la de Lorenzo Muelas, es maternal. Es cierto que los vándalos, los germanos, los mongoles, los indios, los chinos, los árabes se dispersaron por el planeta; que lo mismo pasó con los romanos, y sobre todo, con los judíos de la

diáspora; sin embargo, parece haber un dictado profundo en nuestra cultura que nos hace romper toda frontera e ir mucho más allá.

No admitimos las fronteras; en nuestra lógica cultural, la frontera es repugnante: toda frontera es para ser corrida, toda barrera es para ser saltada. Eso contrasta aún con las actitudes de los romanos y los árabes. Cuando las tropas españolas luchaban en el norte de África para mantener su poder colonial, el caudillo rebelde del Sahara se dirigía al comandante del ejército enemigo diciéndole: "Tú eres el viento, yo soy el mar. Los dos nos levantamos enfurecidos y tempestuosos, pero yo, como el mar, tengo una orilla; tú, como el viento, no puedes parar". Huairapamushcas, desarraigados, los occidentales no podemos parar.

En el Vaupés, los hombres tumban la vegetación de un pedazo de selva, queman esos despojos y sobre las cenizas plantan granos de maíz, yuca y algunas frutas. Poco después, las mujeres con sus cestas recogen el maíz y la yuca mientras la maleza comienza a crecer. Las frutas se recogen cuando la chagra es otra vez selva, y se ha abierto un nuevo huerto en otro lugar. La chagra torna a la selva y, en el tiempo, no hay una frontera entre la tierra cultivada y el paisaje natural. Un colono tumba la selva, también quema, también planta, pero vuelve a plantar en el mismo lugar, y sobre todo, amplía indefinida mente su parcela mientras tiene la posibilidad. "Hoy la frontera llegó hasta aquí, luego mañana debe estar más allá". Y la selva se extingue; para el colono, la frontera, como el viento, no puede parar. (...)

En nuestra cultura, ese es el caso de la parcela, pero también el de la ciudad y el del mundo entero; es el de la tierra, las cosas y las ideas: a nuestros rebaños trashumantes les es imposible parar.

No es difícil adivinar que en nuestra cultura, a diferencia de lo que pasaba en otras sociedades de viajeros, un dictado profundo nos impide parar. La ironía de que aparezca la noción de huairapamushcas en la National Geographic subraya la sabiduría de las metáforas de Lorenzo Muelas y del caudillo norteafricano que hablaba del viento y el mar. Esa revista ha llegado a representar el paradigma de nuestro sueño -que con frecuencia es pesadilla- de andar y de andar. En los muchos años de su existencia hemos visto en ella que descendemos al fondo del océano, escalamos las

cúspides más altas, penetramos las más oscuras junglas y hasta los organismos vivientes, volamos a la Luna, a Marte, a Júpiter. Hemos visto que rompemos todos los récords y barreras. También hemos conocido que, por ello, lo que en millones de años de evolución ha hecho la naturaleza, en un segundo se ha extinguido: flores, aves, peces, mariposas, arrecifes de coral. Que pueblos como los que acuñaron la idea de huairapamushcas, cultivaron la selva con el respeto de los tucano y preservaron su riqueza con sabiduría y arte y poesía, como la de las metáforas del mar y del viento, también se han acabado, muchas veces sin dejar huella de lo que fueron, hicieron y conocieron durante siglos. Somos hijos del viento con capacidad de volver todo viento; no somos el mar.

Hace mucho que vivieron Homero, Estrabón, Plinio el Viejo y Plinio el Joven; así también Megástenes, Tesías de Knído, los cronistas de los viajes de Alejandro y de sus encuentros con blemias y cinocéfalos y de su vuelo hasta el cielo en una cesta tirada por buitres o por grifos. Después vinieron otros. San Brandan, San Agustín, Cosmas Indicopleustes, San Isidoro, Mandeville, Marco Polo, Pigafetta... Durante muchos siglos las culturas que han fluido hasta tributar en la nuestra han tenido la fantasía de explorar y descubrir la forma del mundo y de sus seres.

No obstante, Alejandro con toda su falange no alcanzó en poder destructivo lo que consigue un rifle de repetición; un rifle como los que usaba Teodoro Roosevelt, quien admiraba tanto a los animales que por su éxito en matarlos se hizo héroe y modelo de más de una generación. Estos fueron los verdaderos cazadores de cabezas -o trofeos- que no siempre eran animales, pues, en las junglas de Tarzán, a los salvajes y a las fieras se las mataba por igual. Todo ello era deporte, un lujo gratuito e inútil, desenfrenado, sin que se justificara por alguna necesidad. Era la cultura de la frontera que no respeta frontera: hoy estamos en Nueva Inglaterra, mañana en California, luego en las Filipinas, en Nuevo México y en Panamá; cazamos bisontes en Colorado, rinocerontes en Kenia, tigres en la India, caimanes en el Orinoco o en Magdalena. Después conquistamos el espacio exterior y los sembramos de proyectiles, luego será la Luna y luego Marte, aunque allá no haya agua para envenenar. Ese era y todavía es a veces el significado de "progreso" y de "civilización". Pero con esas banderas se conquistaba y se

conquista; en una cultura que no puede estarse quieta, dominan aquellos que llegan más lejos y matan más. La historia de la National Geographic es esa historia, como la de casi todos los productos excelsos de nuestro reciente pasado intelectual. En un sentido muy amplio, nuestro mito es el de Caín errante. (...)

Nuestra ciencia, nuestra economía, nuestra territorialidad, nuestros deportes son los productos de los "hijos del viento". A veces, a pesar de nuestra agitación, alcanzamos a notarlo; así ocurre en muchos artículos de la National Geographic y en las poesías de Antonio Machado.

En esos momentos de conciencia trascendemos los saberes -que nos son indispensables precisa mente porque somos como somos, pero cuya naturaleza es la de lo provisional- y vislumbramos la sabiduría. En esos instantes, el afán del viaje, sin detener el viaje, se supera en la utopía que fija un rumbo, y la búsqueda desordenada del récord abre paso a la razón. En Colombia, en donde aún queda paraíso terrenal con flores, pájaros y mariposas, y donde se escuchan de vez en cuando las voces de quienes han visto desde hace tiempo pasar el tiempo, algo de utopía y razón ayudaría a entender y a defender el enorme valor de lo que tenemos y a disfrutarlo sin destruirlo en la primera borrachera de ocasión: un país con una de las más grandes megadiversidades biológicas, con más de sesenta lenguas vivas, con costas sobre dos mares océanos, con alta montaña y selva cálida pluvial, no puede disminuir sus sueños a los de convertirse en una ensambladora de televisores, ni puede aceptar que sus bosques y sus Andes, los gigantescos Andes llenos de formas de vida sean tierra para el águila y no para sus cóndores, que sean arrasados, como los pinares y las encinas del poema de Machado, por los "hijos del viento".

Colombia necesita de Razón y Utopía; a la segunda ya se le tiene en lo esencial. Se ha dicho que Colombia carece de proyecto, pero su proyecto, su Utopía, es su Constitución. Un proyecto colosal, contradictorio quizás, pero, ¿qué proyecto verdaderamente importante no encierra contradicciones? Se necesita, claro, de la utopía de la razón.

Guillermo Páramo Rocha. Antropólogo, profesor investigador de la Universidad Nacional. Prólogo del libro Escenarios Posibles de La Educación. Premio Nacional a la investigación en Ciencias Sociales (El Espectador - Ascun)

Tomado de La Revista de El Espectador, No. 38, 8 de abril de 2001

Publicación digital en COLANTROPOS www.humanas.unal.edu.co/colantropos/